

Intervención de D. PABLO GONZÁLEZ MARIÑAS, *Ex Secretario del Instituto de Estudios Administrativos del INAP*

El tiempo es un gran enigma.

Si supiésemos lo que es realmente el tiempo, quizá entonces sabríamos quién somos y qué somos. En el fondo, concreta siempre un problema de identidad: el hombre no es solamente lo innato, sino también lo adquirido. Y sólo cuando somos capaces de aproximar tiempo y memoria, nos acercamos a nosotros mismos; y, con ello, a nuestros amigos, fundidos inseparablemente en nuestra identidad.

Cuando en la radio de mi coche sonaron aquellos disparos que hoy nos congregan, vino a mi cabeza, al nombre de Manolo, un aluvión de memoria.

Como en los «cuatro cuartetos», el tiempo pasado se fundió en el presente (más vivo que nunca) y abrió para el futuro el enigma de lo absurdo e incomprensible.

Dijo un poeta que cuando uno ha estado en la cárcel, cada vez que, ya en libertad, muerde un mendrugo de pan, vuelve indefectiblemente a ella. Y yo, que no soy poeta, siento ahora que quien ha vivido tiempos felices de compañerismo y amistad, vuelve indefectiblemente a ellos cuando tiene que morder el pan amargo del asesinato estúpido de un amigo.

Ni siquiera vale la pena formularse la pregunta clásica de todo abogado ante lo oculto de cualquier crimen: ¿quid prodest?, ¿a quién beneficia? Porque a nadie aprovecha el sacrificio inicuo e irracional de una vida.

Por eso, tragándome el amargor, quiero volver por unos minutos, con todos vosotros, a aquel tiempo risueño y augural de tantas vidas nuevas, como la de Manolo, ahora truncada en su mejor madurez y serenidad.

Hablo de aquel tiempo de Alcalá (finales de los sesenta, comienzos de los setenta) que es parte de la identidad de muchos de nosotros: la de tantos y tantos compañeros y colegas del IEA y de la vieja ENAP, en la sede cisneriana de la originaria Universidad Complutense.

Allí llegó un día Manolo, como nosotros, con un equipaje ligero: un estimable currículum académico, muchas ilusiones y los ojos muy abiertos a la novedad y al futuro. Era aquella una España expectante, en el impasse de lo que moría y la incertidumbre de lo nuevo, que estaba ya llegando. Y la misma tesitura en las personas, en los recién licenciados, ávidos de ser alguien y aportar algo en tiempos de apertura.

No tengo que hacer ningún esfuerzo para imaginar el primer día de Manolo, porque otros lo habíamos pasado hacía bien poco:

- El frío mañanero de un Madrid de octubre;
- calle Alcalá Galiano, al costado de Castellana, 3;
- el viejo autobús rojo de Fermín;
- el Ya o el Madrid apretado entre las manos como ayuda de la timidez...

Y allá vamos;

- y, a la altura de las chuletas de San Fernando, otra vez los malditos nervios que aprietan; — un avión que despega de Barajas... ¿por qué no iré yo en él, Dios mío?;

— luego, más carretera, la fábrica de Gal y, al fin, la vieja Universidad.

— el sol radiante en la fachada, que no ilumina, sin embargo, la incógnita de lo que nos esperará ahí dentro: ¿qué significarán esos magníficos atlantes que no me sacan la mirada?

Pero, flanqueada la entrada, aquello no era adusto ni sobrecogedor, ni aun viniendo de Cartagena, de Tenerife, de La Coruña (como yo), o de Jaca (como Manolo). Los cisnes del pozo central y la sombra de los porches del claustro auguraban cosas buenas.

Claro que por allí andaban a sus quehaceres los consagrados (los Paramés, García Mena, De Juan, De la Oliva, García López, Meilán, M.^a Luisa Jordana, González Navarro, Paredes, Luis Enrique de la Villa...), unos personajes que se aparecían a nuestros ojos como una especie de seres míticos, que ya habían aprobado las oposiciones o que (cosa más admirable todavía) ya no necesitaban hacerlas. Tan imponentes como los atlantes de la fachada nos parecieron entonces.

En seguida vimos que no era para tanto. Pero, superado esto, aún nos quedaba mucho camino por andar. Había que conocer a los jefes directos y hacernos cargo de un todavía indefinido trabajo.

Ser becario (del IEA o del IDE) implicaba en principio hacer un poco de todo. Se nos presuponía buenos chicos, estudiosos y supongo que hasta inteligentes. Así lo decían los expedientes académicos. Pero pronto nos dimos cuenta de que estábamos más verdes que una vara verde de nardo verde. Y que no era mucho aquel bagaje que traíamos: sabernos de memoria la LPA del 58, el Garrido Falla y poco más.

Antes de otras aspiraciones, primero había que fajarse:

Seleccionar y clasificar jurisprudencia por los rudimentarios índices del Aranzadi de entonces: temático, por disposiciones y por artículos de leyes.

¡Ah! Y no olvidar nunca el Alcubilla, se nos decía, «que es un pozo de ciencia» y que recoge todas las Exposiciones de Motivos.

Había que patear la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico y los fondos de Castellana, 3 (tras ganarse la voluntad de don Justo y de doña Carmen Salas Larrazábal, por supuesto).

¡Qué espanto un día que se traspapelaron las Actas del primer Consejo de Ministros, 1824, Fernando VII! Luego aparecieron, pero entonces ya no nos llegaba la camisa al cuerpo.

En todos estos sitios encontramos tesoros bibliográficos todavía muy inexplorados entonces. Nos hicimos íntimos de Colmeiro, de Mellado, de Javier de Burgos, de Cormenin, del Gallofra, de Serrigny, el Febrero, Posada Herrera, Bermúdez de Pedraza... y su Arte legal, libro muy oportuno para nosotros, sobre todo (para no caer en ello) aquel capítulo dedicado a «los estudiantes que cada día saben menos», o aquel otro que trata de «los errores en la inteligencia de las leyes».

Por supuesto que Hauriou o Henrion de Pansey eran como de la casa. Y hasta hubimos de sufrir alguna bronca por no localizar debidamente a Crespo de Valdaura, un personaje del Derecho intermedio al parecer fundamental (según el maestro Villar Palasí, entonces Director del IEA) para entender el moderno Derecho administrativo.

Y si la Biblioteca Nacional se quedaba corta, que ya era difícil, había que ir al Ateneo y su hemeroteca, por si allí había datos sobre la cláusula de progreso de la ciencia en los servicios públicos o la *exceptio non adimpleti contractus*.

Y si esto fallaba también, siempre nos quedaba el recurso de apelar al entrañable Ángel Álvarez Carballo, que ocultaba, bajo su desaliño y retranca gallega, una sabiduría bibliográfica inmensa.

Debíamos también echar una mano en la organización de las Jornadas Administrativas en Galicia o en Canarias, con la colaboración inestimable de inseparables compañeros nuestros: Pili Lozano, Lichy, Mary Carmen Sánchez Cuervo, Juanito Picón, Carmen Magán, Chamorro, Maribel o el supersónico Cayetano.

Y lo mismo había que hacer en los Simposios de Historia de la Administración (hoy venturosamente recuperados en el INAP), lo que nos permitía conocer a profesores tan venerables como García Gallo o Álvarez Gendín y tan sugerentes como Gibert o Lalinde Abadía.

Lo peor era, sin embargo, lo de las fotocopias, entonces «xerocopias». Querían (queríamos) construir los mejores fondos bibliográficos del Derecho administrativo español y continental, allí, en la ENAP, y a disposición de todos los estudiosos.

Xerocopiar todo aquello era tarea de gigantes y desequilibrio presupuestario seguro. Antonio de Juan, Secretario General de la Escuela, llegó a escondernos a los becarios la llave de acceso a la fotocopidora. Tal era nuestro afán genesíaco y fotocopador y tal era su sobrio criterio de administración del Presupuesto. Y allá nos tienes a todos, cargados de libros, hasta la Gestoría Toledo, Génova arriba, bajo la mirada de Alonso Martínez, que tampoco nos daba para una caña y unas gambas en Santa Bárbara.

Y había que hacer también las reseñas para D.A. Esto se iba llevando bien y hasta agradecidamente, ya que nos daban (creo recordar) seis duros si el libro era en castellano y diez si era en idioma extranjero, lo que bien mirado (y por lo que luego diré) era una pastizarra. Más temibles eran las llamadas «síntesis bibliográficas», que obligaban a traducir un tocho en inglés o francés, ya fuese La Administración pública de D. Waldo o La Informática de Pierre L'Hermitte. Los artículos de Public Administration, de atrevido inglés, eran una tortura, que siempre asignábamos a Carmelina Asín Cabrera, que hoy nos arregla todos los problemas en Iberia, que ya es mérito.

Pero, claro, todo esto había que conciliarlo con las clases en la Facultad. No era fácil, con veintipocos años, tomar el megáfono en el Aula Magna de la Complutense y explicar lo que a nuestro maestro le aburría explicar: esto es, cosas tan HOMENAJE A MANUEL GIMÉNEZ ABAD 360 apasionantes, hoy y entonces, como el régimen de la excedencia voluntaria o el juego del silencio en el recurso de alzada. Por cierto que el sueldo de un ayudante de clases prácticas ascendía a la fabulosa suma de 1.800 pesetas al año, esto es, treinta duros o, lo que es lo mismo, noventa centavos de euro al mes.

A todo esto, la tesis doctoral seguía esperando. Se nos aconsejaba que, a ratos perdidos y como traperos del tiempo, fuésemos metiendo ideas, sentencias y guiones en carpetas numeradas. ¿Y recordáis lo que hacíamos? Pues lo hacíamos.

Pero lo peor era cuando el jefe natural decía que ya estabas maduro. Entonces, casi sin levantar sus ojos de un escrito, te decía: oye, se han convocado las oposiciones a TAC: fírmalas y preséntate.

¡Pero hombre (José Luis, o Gaspar, o Alfredo), si son el mes que viene!

Pero no había piedad. Y allá íbamos (los Píos, Manolos, Dolores, Jesuses, Pablos, José Marías y demás «becariada»).

Y parece que no se equivocaban, pues casi todos pertenecemos a este Cuerpo de nuestras desdichas y amores.

Y tal fue el estímulo que también otros Cuerpos funcionariales (Abogados del Estado, Catedráticos, Letrados de las Cortes) se nutrieron de becarios del IEA.

Allí, en el Instituto y en la Escuela, confraternizábamos con todos: Con los funcionarios que venían de toda España a los Cursos. Recuerdo a un veterano funcionario granadino al que pregunté en el claustro: «Pero, Enrique, ¿y tú qué haces aquí?». Y me respondió muy solemne: «Me están formando y perfeccionando».

Todo esto era divertido. Pero lo difícil era comer, porque los becarios no accedíamos a la comida del Calvo. Allí sólo comían los atlantes.

Hubo entonces una intercesión benefactora, cuya autoría la historia discute. Unos dicen que fue Greiner, otros que García López, quien dijo al Director: «¡Los becarios, hombre, por lo menos que coman!». Haya sido don Claudio o don Américo, gracias en nombre de todos.

Confraternizábamos también con los cursillistas hispanoamericanos (a veces en el «Gufa», a veces en «La Hostería», «haciendo migas con las migas»). Unos colegas a los que, con el andar del tiempo, veríamos luego en los periódicos como Presidentes o Embajadores de sus Repúblicas.

Pero nuestro reducto mejor era la Biblioteca. Era nuestro refugio preferido, al abrigo siempre de la amabilidad femenina de Mary Carmen, de Isabel o de Conchita. Quiteria (Quite, para nosotros) ha tenido la mala ocurrencia de dejarnos estos días sin la mano amiga y la ayuda que siempre nos prestaba. Vaya también para ella nuestro afecto agradecido.

Antes recordaba lo difícil que fue poder acceder al comedor de la Escuela. Pero todo aquello importaba poco. Teníamos muchos resortes: las «Repúblicas» de Alfonso XIII o Fundadores. Y perdonad los no iniciados que, pudoris causa, no sea más explícito. Y hasta Alfredo Gallego Anabitarte nos echaba una mano, con invitación a la terraza de su ático de la calle Goya. Eso sí, al precio de sufrir, tutoris causa, un insufrible discurso sobre Gerber o Maurenbrecher.

Aprobadas las oposiciones de TAC, las cosas cambiaban sustancialmente. Los nueve meses del curso previo a la incorporación a los Ministerios (ya remunerados como funcionarios en prácticas) nos parecían una auténtica regalía.

Pudimos pagar nuestros «pufos» (que ya sabíamos que sólo el Príncipe in contractibus non debet usuras) y hasta aprender cosas nuevas, de Sociología, de Política económica,

Estadística, Psicología social y funcional, y hasta técnicas presupuestarias, que tanto ocupaban por entonces (RCB y PPBS incluidos) a Gaspar y Alfredo, liados con el Planung de Kayser y la articulación Plan-Presupuesto.

Ya podíamos renunciar incluso a la comida del señor Calvo, como yo solía hacer con otro becario de entonces, Gil Carlos Rodríguez Iglesias (hoy prestigiosísimo Presidente del Tribunal de Justicia Europeo en Luxemburgo). El lujo que nos permitíamos era realmente fastuoso: tomarnos una tortilla de escabeche en el «Juanito», compartiendo una botella de «San Asensio».

Ésta es, a grandes trazos, la memoria amable del ambiente en que todos (también Manolo, claro es) nos criamos para la vida pública. Y digo pública porque aquellas camadas de becarios se aplicaron preferentemente a la Administración, pero también a la Universidad, al despacho profesional y a la política ejecutiva o parlamentaria. Fue la impronta sin duda de la formación completa y polivalente que tuvimos la fortuna de recibir.

De ese árbol venimos. Nuestra trayectoria es casi siempre semejante. Manolo dio brillante testimonio de ello en la Administración, en la Universidad y en la política grande de sus Cortes de Aragón. Otros lo hicieron en Madrid, en Andalucía o en Canarias. Y siempre la imborrable memoria de Alcalá acompañándonos.

Si me permitís que por un minuto hable de mí mismo, os confieso que pocas veces disfruté tanto como cuando la vida me permitió levantar en Santiago, con la ayuda de Jaime Rodríguez-Arana, la Escola Galega de Administración Pública, que nació como ilusionada copia de los claustros de Alcalá y de su espíritu.

Manolo Giménez Abad (nuestro hombre tranquilo, tenaz y brillante) respiró estos mismos aires y siempre dio testimonio generoso de lo que había entregado y recibido. Para él va esta evocación, que ha querido ser deliberadamente risueña, sin dejar que el dolor agriase el recuerdo y la palabra.

Mis compañeros han querido que la hiciese yo, quizá porque Manolo me sucedió en la Secretaría del IEA, o quizá simplemente porque soy el más viejo de la saga. Ya se ve, en todo caso, que se trata de algo puramente generacional. Y que cualquiera de ellos diría algo semejante, con el mismo sentimiento y mejor palabra.

Hoy (cuando un hecho infausto nos ha reunido en el INAP, acercando los destinos que el azar había dispersado por toda España), yo pensé que era un buen momento para reconocernos todos por dentro y por fuera, en el tiempo y en el recuerdo. Y, sobre todo, reconocernos en Manolo, el que tuvo peor azar y debe tener mejor memoria.

Con este abrazo, Manolo, que va por ti.